

Cuaderno N° 59

COLECCION ARIEL m.10

*Agosto
1915*

MAX. GRILLO

AL ILLIMANI
Y OTROS POEMAS

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

Imprenta Greñas

COLECCION ARIEL

ALFRED MANI

Y OTROS POEMAS

Agosto de 1915

LIBRERIA DE COSTA RICA

LIBRERIA DE COSTA RICA

AL ILLIMANI

—¡ Oh monte !— dijo el hombre.— Sólo el dolor nos hace grandes. ¿ Acaso tú padeces ?

Y contestóle el monte :

— Vosotros los humanos deberíais conocer mi dolor. Yo padecí durante millares de años y el fuego expiatorio consumió mis entrañas ; mas ahora soy como la tumba de los siglos, y si os parezco soberanamente blanco y hermoso, es porque estoy muerto. Para mí la Eternidad ha empezado ; pero aún sufro y, de lo contrario, no existiría. Vosotros, hombres, sois el Dolor mismo, por lo cual sobre vuestras frentes descende el Espíritu.

— ¿ Y viste a Dios en el principio del mundo ? se atrevió a preguntar aquel hombre.

— Sí, ví al Uno, respondió el Monte, con un soplo tan potente que aterró a la criatura cerebral y triste.

Y el hombre caído, arguyó, todavía :

—Pero, “en el principio era la Fuerza”.

—La Fuerza era, contestó el monte, mas sobre la Fuerza flotaba el Espíritu, que padecía al ordenar todas las cosas. Y cuando el Espíritu dominó el cáos, sobre los seres, desde la montaña hasta la yerbecilla, descendió su resplandor: la Belleza!

Y entonces el hombre permaneció absorto.

M. G.

I

Cuando por las mañanas bajo el dombo
de azul intenso y de serena lumbre,
el albor de tu manto, sobre el combo
horizonte domina valle y cumbre,
me figuro en ti un Dios de suave imperio;
de veste sidereal y florecida;
de sombra azul, hermano del misterio
y grave centinela de la vida.
Pareces oficiar sobre la altura,
cándidamente revestido, y santo.
Voz ideal, la gama de tu albura
vierte en la luz su misterioso canto.
La paz al descender de los jardines
fabulosos del cielo, su pie breve
posó en tu sien, y rubios querubines

extendieron sus alas en tu nieve;
y seráfica fué tu vestidura,
más blanca que la estrella de la tarde;
Salomón envidiara su hermosura;
luz de los astros en tus nieves arde.
El sol al sumergirse en la divina
urna del mar, como sagrado loto,
un rayo de su lumbre purpurina
destella para el monte más remoto;
y entonces de granates y jacintos
tu mirífica veste se ilumina
mientras yacen oscuros e indistintos
os valles que tu lábaro domina.

II

Un día los titanes de la Tierra
arrancar pretendieron tu coraza
como la roca, invicta. En són de guerra
contra ti el más potente alzó su maza.
Con clangor de trompetas funerales
llamaron a la lid los campeones;
para aterrar las cimas inmortales,
desataron los roncós aquilones.
Colérica y tenaz vibró la llama
de negra cima, en torvas oquedades,
y de rútilas gemas el Sajama
bordó el manto de verdes soledades.
Y tú, sereno, resististe el choque

de las contrarias fuerzas. Mururata
dejó caer su ponderoso bloque,
bruñido y relumbrante como plata.

III

Sólo te falta, Emperador del Ande,
para vencer al hombre, ser fecundo
en el dolor. ¡ Sufrir ! que sólo es grande
quien sufre y ama su dolor profundo !

IV

Tu nieve splende albores de azucena,
blancuras de los limpios recentales,
que huelen a tomillos y a verbena.
Tiene tu albura, alburas ideales.
Cuando en la tarde te acarician lampos
de múrice sutil y opalescente,
eres el Gral, y virginales ampos
de la sangre un Dios la fe presente.

V

A tu abrigo de padre y de profeta
nacieron estos hombres de alma dura,
tristes, mas sin dolor. Para el poeta
son los vencidos de la noche oscura....
Los hombres de pupilas inocentes
que te llamaron dios en sus leyendas,

y sobre losas de granito, ingentes,
invocaron al Sol desde sus tiendas.
A tu sombra, su manto rojo y gualda
ceñía el Inca, en tierras poderoso,
y se bañaba en ondas de esmeralda,
que tejen para tí manto radioso.
En un bridón de voladoras crines,
revestido de flámulas y acero,
llegó el hijo del Cid, de los confines
de la mar tenebrosa, grave y fiero.
Rodó del Inca el extendido trono,
y tu gente infeliz, en flébil *quena*
lloró su vencimiento y su abandono,
y en frío gesto transformó su pena.

VI

El estro veleidoso se revela
a describir tu palidez de lila
al besarte Selene, cuando vuela
sobre tu sien, y en tu palor rutila.
Y se eleva entre lises y asfodelos
en el azul litúrgico y sagrado,
o se torna en galeota de los cielos,
y juega con el mar encadenado...
Mas desdeña tu amor. En la penumbra
gris de la Tierra, asilo de la muerte,
sueña tu corazón, sueña y vislumbra
¡ el regreso del Sol, joven y fuerte !

VII

Acendras luz en tu plumón de cisne,
como si el Sol guardara su tesoro
donde nunca las sombras con su tizne
pudieran deslustrar su cetro de oro.
¡Cetro de Osiris, florecido en rosas
entre el silencio de tus nieves! Iris
en su corcel de crines melodiosas
lo lleva en la mañana al padre Osiris.
Libre de polvo y de inquietud, quisiera
el hálito divino que en mí siento,
ascender a tu cándida cimera,
y emblanquecer al soplo de tu aliento.
¡Sentir a Dios en mí! Bajo el cimborio
de mútilas estrellas, la mirada
hundir eternamenté en lo ilusorio.
¡Sentir a Dios y desafiar la nada!

VIII

Un día de las tierras extasiadas
en úbero verdor y lozanía,
nobles héroes llegaron. ¡Sus espadas
eran tan luminosas como el día!
Y desde entonces la procera fama
del eupátrida vive con tu sombra:

quien te saluda a ti, su nombre aclama,
¡ y quien a tí te nombra, al héroe nombra !

IX

Y la vieja montaña, con increado acento,
exclamó entre la noche de siderales pompas:
— ¡ Hasta cuándo, poetas, fatigaréis el viento
con la voz de las flautas, o de bronceínas trompas !

La Paz, 1914

UN TORNEO

“El Arte se basta a sí mismo”

GOETHE

Bajo el solio magnífico que ostenta
áurea labor en el sutil brocado,
y vestido de púrpura sangrienta,
está el Rey, de sus nobles rodeado.

En un sitial de ébano luciente
la princesa Leticia reclinada,
hunde en las manos la armoniosa frente
con cansancio de enferma en la mirada.

Por revivir la flor de primavera
dispone el Rey espléndido torneo;
¡ oh si en la virgen pálida, siquiera
agitase las alas el deseo !

A la cita, el Señor de la llanura,
que lleva de su escudo en los cuarteles
un albatrós de immarcesible albura,
acudió con sus pajes y lebreles.

Desde las cimas ásperas del norte
vino el Langrave de la azul cimera,

que, vestido de pieles, en la corte
parece un oso de apostura fiera.

Luce junto al acero toledano
la corva daga del califa moro,
y se roza el escudo del britano
con la clámide azul de flecos de oro.

Terciado el manto, el grave moscovita
asciende la marmórea escalinata,
y a su paso, la luz, tierna se agita
en el manto de armiño y escarlata.

“Quiero,”—les dijo el Rey, cuando en la estancia
el silencio imperó—“dar este día
el premio del valor y la constancia
al que encienda en Leticia la alegría.

“Nunca sonrió al poner en vuestra frente
la corona del púgil, ni en la arena
lanzó para el más noble y más valiente
su amada flor, la mística azucena.”

PRIMER CABALLERO

—Flores del mediodía
traigo para tus sienes,
jazmines que bordó en Alejandría
la maga de la luz en sus harenes...
Princesa, ¿no sonríes

al beso de las rosas como brasas,
al beso de las rosas,
al beso de los blancos alelíos?

SEGUNDO CABALLERO

—Perlas del mar del sur, negros diamantes
que alumbran en la noche
con reflejos de estrellas sollozantes,
y lívidos y azules;
estrellas que responden
al llamamiento de tu voz alada,
zafiros del color de tus pupilas;
cual sangre de palomas los rubíes,
te ofrezco, castellana...
Dime ¿ por qué vacilas?
Princesa, ¿ no sonríes?

TERCER CABALLERO

Este ciervo más blanco que la nieve,
de ebúrnea cornamenta,
ojos cual dos carbunclos, y más breve
que el aire en la carrera,
y el águila orgullosa
que sorprendí en el nido,
ave que sobre el Cáucaso se posa,
ante tu orgullo rindo.
Ama la soledad el blanco ciervo.

El águila se nutre de neblías.

Princesa, aún espero...

Orgullosa princesa,

¿no sonríes?

CUARTO CABALLERO

Bajé al palacio de los dioses verdes,
que se encumbra del fondo de las aguas
donde sueñan en medio de serpientes,
sueños marinos de tristeza amarga.

Dióme su talismán el Dios crinado,
un ópalo sombrío

en que mora un gigante encadenado
con su corte de rojos principillos.

A tu conjuro surgirán los pajes
con mantos de berilos y de ónices,
y te darán en copas los zequíes
robados por deidades a los hombres;
descenderás al piélagos turgente
con el ópalo mío.

—Princesa, ¿no sonríes
al talismán divino?

QUINTO CABALLERO

Te ofrezco los perfumes de Cipango
en joyeles y pomos,
que pulimenta un mago
para princesas encantadas. Gnomos

de las ruinas de Byblos, los aromas
 me dieron de mandrágoras dolientes
 y de lotos azules; rubias pomas
 que hacen erguir los senos de las vírgenes
 por un dios torturadas;
 sedas cerulescentes;
 encajes de la China; terciopelos
 de vivos tornasoles,
 y segríes
 exóticos te traigo. Dí, princesa,
 pensativa princesa, ¿no sonríes?...

Iba a seguir un bey de Cafrería,
 un negro Salomón, en lo lascivo
 semejante al gran rey, mas no en lo santo,
 y se detuvo. Fuera del castillo,
 en el silencio de la tarde, un canto.

Regocijó las florestales. Era
 un trovador extraño que venía
 de recorrer el mundo con el arpa,
 ¡ un arpa cintilante como el día !

(1) “¿ Qué oigo?”—dice el rey;—“¿ traes el rastrillo
 suena un canto? ¿ quién canta?
 haced seguir al trovador, que tiendan

(1) De este verso en adelante el autor intenta una paráfrasis
 de *El Bardo*, balada de Goethe.

el puente levadizo.”

Así habló el soberano y, cual gacela,
un rubio paje, vuela
y torna, conduciendo de la mano
al cantor errabundo.

“¡ Entrad, anciano !”

“¡ Salud, nobles señores !
¡ salud, hermosas damas !
Semeja un cielo antiguo
este dorado alcázar.

“Fascinan sus luceros,
mas de tanta belleza
que difunde esplendores,
no debe fascinarnos la riqueza
a nosotros, cantores
del amor, el ensueño y la tristeza.”

A los espacios mira
y con voz poderosa alza su canto
que responde a la lira.
Los ojos de los nobles caballeros
titilan de placer, y las miradas
de las dulces marquesas,
se inclinan por amor ruborizadas.
Y Leticia sonrió, como si el verso
despertase las muertas armonías
de su espíritu virgen, apagadas
por un soplo glacial. Como si el canto
fuese parte de su íntimo universo.

“Id, manda el rey”, traedme una cadena
del oro máspreciado:
merece recompensa
talento tan hermoso:
voy a ceñirla al bardo”.

“¿Una cadena para mí? No... dadla
a los bravos guerreros
que su sangre derraman
como licor sagrado en los combates:
ofrecedla al que rompe los aceros
en la pelea; al chambelán sufrido;
será una carga más para sus hombros
de cortesanos bríos.

Yo canto como el ave en la enramada,
sobre la flor ardiente,
sobre la flor amada;
y me basta mi bien; sólo un presente
a pedir me atrevo, rey amable:
que me den en la copa cincelada,
la más luciente copa,
un vino añejo; dadme
el licor que espumea
y en el alma los sueños alborota.

.....

¡ Oh licor dulce y refrescante ! Sea
feliz la casa donde el vino abunda
y es dón poco estimado.

Retirad el joyel. A los artistas

nos basta una corona
de violetas azules amatistas,
de rosas carmesíes,
recogida a la vera del camino
y mojados sus pétalos en vino.
¡ Princesa melancólica ! Te embriaga
el placer de mi canto.
¿ Por qué ríes
con la sonrisa vaga
de las flores abiertas en la noche ?
— ¡ Recuérdame en tus horas de alegría ! ”

Y luego se inclinó con gentileza,
tómó el arpa en el brazo,
el arpa cintilante como el día ;
y se alejó el anciano
en busca de otro amor y otra tristeza...

La Paz, 1914.

RAZAS VENCIDAS

Yo ví los hombres tristes descendientes de aquellos
de los lisos cabellos,
del oblicuo mirar,
sentarse a las orillas de sus hondas lagunas,
en los valles floridos o en las ásperas dunas
a la plácida luz lunar.

El nombre de sus dioses ya nada les decía.
Olvidadas de Chía
de su padré Zuhé,
con la mirada turbia, melancólicamente,
en sus rústicos pífanos un aire decadente
cifrabá la raza que fué.

Ni en Siecha recibían el cacique sagrado,
fabuloso Dorado,
hijo noble del sol;
ni señalar podían de Suamox el recinto
y su templo de palmas donde vibró su instinto
el alma del fiero español.

Del viejo Chimborazo por la yerma peana,
con su altivez serrana
noblemente los ví
pasar indiferentes, con las pupilas duras
clavadas como puntos en las blancas alturas,
bajo su cielo carmesí.

Parecían sus bustos fundidos en la fragua
del ronco Tunguragua
en selecto metal;
eran sombras errantes de la tribu de Manco
que miraban con odio de vencidos al blanco
y a sus deidades de nogal.

Y los miré alejarse por la senda sombría
en la melancolía
del último fulgor,
silenciosos y altivos, con altivez de reyes
que tenían su alcázar y dictaban sus leyes
bajo el nevado Emperador...

PAISAJE DE VERANO

Un cielo de cerúleos resplandores.
El sol desde su lecho de rubíes,
como el mago Aladino sus zequíes
esparce sobre plácidos alcores.

Descuellan entre espigas rojas flores,
la campiña es un manto de aielíes
y, persiguiendo rápidos neblíes,
vuelan, sesgados dardos, los azores.

En el lagar se despereza el vino,
y la espadaña de la torre albea
entre el dorado polvo del camino.

En la carreta de heno, una zagala,
bella cual una agreste Galatea
a un garrido doncel, besos regala.

REBELION DE LOS MONTES

(A don Miguel de Unamuno)

I

Y, ¡sus! dijo la tierra, montañas de granito,
de cárdenos airones y lorigas de plata,
a conquistar el cielo, sedientas de infinito
corred en ponderosa, divina cabalgata.

Irguióse en sus cimientos, al escuchar el grito,
Illampu, el de cimera que los rayos desata;
y cual un sacerdote de misterioso rito,
sobre altares de nieve, descolló Mururata.

Torvos y elephantinos desfilaron los montes.
Con sus túrgidos pechos el Potosí radioso
semejaba un esfinge sobre los horizontes.

Y sólo el Illimani de serena hermosura,
sin envidiar el cielo, con divino reposo,
nvolvióse en el manto de su eterna blancura.

NOX, TRISTITIÆ VAS

II

¡ Oh ! vaso taciturno de tristeza,
urna sutil de trágico misterio,
déjame penetrar en el eterio
lago de tu dolor y tu belleza.

En ti todo termina, y todo empieza;
pulsas en tu mudez flébil salterio
y haces vibrar el hondo cementerio
donde el hombre medita, llora o reza.

Dáme tu paz y tu silencio santo;
serena mi alma con tu luz mortuoria,
débil albor de anémonas y acanto;

Y en la tranquila magestad del verso
que soñó un ansia terrenal de gloria
te cante yo ¡ saciado de universo !

LLANTO DE PIERROT

III

—¡ Carnaval! . . . ¡ Carnaval! . . .

—¿ Quién importuna?

—Es Pierrot, dolorido y macilento,
que viene enharinado y lanza al viento
su voz de flauta entre la noche bruna.

—¡ Pierrot! ¿ qué pide?

—Acaso la fortuna
de hablaros, ¡ oh poeta! con acento
dulce y transido de un fatal tormento
de amor . . . ¡ tal vez lo desdeñó la luna!

—¡ Pobre Pierrot! Vé, díle que lo aguardo
donde a la luz de pensativa llama
sueña en silencio el corazón del bardo.

Y entra Pierrot; su faz llena de harina
tiene surcos de lágrimas. Exclama:

—Señor, ¡ el Rey robóse a Colombina!

EL SONETO

(De Carducci.)

Dante del querubín el peregrino
vuelo le infunde; lo circunda de oro;
le dá Petrarca su dolor, divino
río de linfas que formó su lloro.

Ambrosía mantuana y venusino
sabor le impetra de apolíneo coro,
Torcuato, y cual acero adamantino
lo aguza Alfieri con marcial decoro.

Fóscolo en él entona sus cantares;
le ofrenda entre cipreses al acanto
que orna el dintel de los maternos lares.

El último soy yo... éxtasis, llanto,
ira, les dí a los míos; tutelares
sombras invoco y los sepulcros canto.

LA ÚLTIMA VISIÓN

Ojos que en la tierra un día
me mirasteis con amor,
ojos de la madre mía,
de purísimo fulgor....

Miradme compasivos cuando en la noche inerte
mi espíritu presienta los besos de la muerte.

Si estrellas sois en la altura
bajad del cielo hasta mí,
ojos de limpia hermosura
donde de niño yo ví

a un ángel asomarse, con el divino anhelo
de sacudir las alas para tender el vuelo.

Manos cual dos azucenas,
manos de rosa y marfil,
manos cándidas y buenas
como dos lirios de abril...

¡ Oh manos milagrosas de mi muerta adorada,
posaos en mi frente cuando sienta la Nada !

Manos que nunca enjoyara
diamante, perla o zafir,

manos de belleza rara,
hechas para bendecir.

Benedicidme piadosas en mi postrer instante
¡ oh manos más hermosas que gema rutilante !

Cuando a solas en la estancia
escuche el leve rumor
de un ángel, y la fragancia
sienta de lirios en flor,
será porque tú vienes en alas de la aurora,
y mi alma de rodillas te aguardará señora.

En la claridad del día
escucharé de un laúd
la pálida melodía
que cante mi juventud;
y entre anémonas místicas y blancos serafines
yo te veré en lejanos, misteriosos jardines.

Tú evitarás que en la horrenda,
en la noche funeral,
hasta mi lecho descienda
ave triste y nocturnal.
Y mire yo en tus labios la sonrisa que he visto
cuando al morir tenías la palidez de Cristo.

Yó mediré los instantes
en el antiguo reloj,

con los ojos vacilantes
sobre su muestra de boj.

Y sentiré tus pasos cuando la brisa inquieta
hasta mi lecho traiga su aroma de violeta.

De tu adorable figura
tengo un retrato gentil,
donde sueña la blancura
de tus manos de marfil....

Cual una gran señora de la vieja Castilla
que a par de la hermosura por la modestia brilla.

Cuando en la noche sellada
por la pureza estelar
venga la muerte, embozada,
hasta mi puerta a tocar,
concededme las suaves, celestiales caricias,
de tus límpidos ojos y tus manos patricias.

CREPUSCULOS DE LA PAZ

Un encantado cisne de nieve inmaculada
semeja el Illimani bajo la tarde azul,
mientras las cien colinas de la gris hondonada
las cúpulas imitan de una vaga Stambul.

Crepúsculo fantástico, de extrañas latitudes,
de violetas marinas corona al monte audaz,
y el poeta adivina celestiales laúdes
que preludian un himno de silencio y de paz.

Las colinas de bronce funeral y doliente
se cubren con un velo rojo como clavel,
y con rítmico trote, caravana de Oriente,
parecen los guanacos reclamar el rabel.

Sus ojos de una suave humedad de ternura,
a guzla mora dieran tema para un Dezir
cuando tan dulcemente los clavan en la altura,
persiguiendo un reflejo de nácar o zafir.

Con el gesto de raza vencida en la contienda,
cariátide del templo de nuestro padre el Sol,

enigmático y duro, se desliza en la senda
el aymara, a la lumbre del postrer arrebol.

La tarde en mi alma vierte sugerencias divinas,
se reconcentra toda sobre mi corazón,
y vibran en mi espíritu sus arpas cristalinas
con el místico arrobó de lejana oración.

Dejadme con mis sueños de una blanca tristeza
pasar indiferente bajo el cielo triunfal,
mis ojos alelados, absortos en belleza,
como el guanaco humilde ven la cima ideal

El Illimani cambia su veste de amaranto
por la túnica blanca de Francisco de Asís,
mientras la luna mira su voluptuoso manto
de rubíes ardientes y de flores de lis...

A MANUEL UGARTE

Caballero cruzado de la raza latina,
brilla el sol en tu escudo sobre campos de azur,
orna tu frente un lauro de la rama divina
y llevas en el pecho la insigne Cruz del Sur.

Viste al dragón de acero bajo la Osa helada
con las fauces abiertas sobre el cuello de Orión,
y has forjado del verbo la misteriosa espada
que defienda la América de Isabel y Colón.

Bólvivar, el propicio númen de la victoria,
desde el peñón marino te saludó al pasar,
en los pliegues envuelto del iris de su gloria
y en coloquio sublime con el cielo y el mar.

Evocaste la sombra de Morelos. Yacía
Méjico bajo el monstruo de insepulta ambición;
aterradas sus glorias; en execrable orgía
los hombres desgarraban el patrio corazón.

Entre las verdes ondas, coronada de palmas
hallaste en tu sendero la patria de Martí;
radiante y soñadora, semillero de almas,
ante el gigante, Cuba semeja hermosa hurí.

Bajo el cárdeno cielo que alumbra el Momotombo
Nicaragua doblega su cerviz al dogal,
mientras el monte horrendo con fúnebre rimbombo
parece que evocara las potencias del mal.

Como la sombra airada de la antigua leyenda,
en el mar de Balboa, Colombia está de pie;
sin inciensos serviles a la justicia ofrenda
la herida de traidores que profanó su fe.

En el mar de Bastidas, desplegadas las velas,
refieren los marinos que ven en la extensión,
deslizarse entre brumas las blancas carabelas
con la insignia gloriosa de Cristóbal Colón.

Es el santo Almirante que recorre el camino
do sus naos hallaron un mundo virginal;
la Atlántida soñada del poeta latino,
de la ibérica raza patrimonio inmortal.

Salud ¡ oh caballero del escudo de roble!
del mundo de tus sueños eres conquistador,
que tus lauros, segados en el palenque noble,
germinen en el Plata con eterno esplendor.

Caballero cruzado de la raza latina,
brilla el sol en tu escudo sobre campos de azur,
orna tu frente un lauro de la rama divina
y llevas en el pecho la insigne Cruz del Sur.

EN VIACHA

MEDALLÓN GRIS

Un sol de invierno; la planicie como
se imagina el poeta a Borodino,
entre las nieves blancas más que el lino
y el horizonte gríseo, cual de plomo.

Al pasar la tormenta sobre el lomo
del viejo Mururata elefantino,
trazó en la faz del altiplano andino
un dibujo fantástico de cromo.

En la penumbra de ámbitos lejanos,
del color de sus tierras socavadas,
surgen los regimientos bolivianos.

Impetran los clarines la victoria,
y en los ojos de rígidas miradas,
del soldado aymará, brilla la gloria

VIENDO PASAR LA VIDA

Amo la fuerza undívaga; la salud armoniosa
que florece en poemas de amor y de energía;
amo el verso con alma de serena alegría,
cual me figuro el alma de la encendida rosa.

Tras combatir enhiesto mi corazón reposa
y asciende a libres cumbres, donde levanta el día
sus tiendas carmesíes a tiempo que en la umbría
gruta de la montaña se mueve la raposa.

Una voz de infinito mi sendero ilumina
a manera de llama de exaltación. La muerte,
es el azul arcángel que a mi lado camina.

Mas hoy la paz deseo. Amé todas las cosas
dignas de ser amadas, y me sentí más fuerte
viendo pasar la vida coronada de rosas.

VIAJERO

(A Rafael Pombo, en su coronación.)

Un tardío laurel orna tu frente,
y miras al final de la jornada
sombra donde halló lumbre tu mirada,
hielo sobre la cima de tu oriente

Tu corazón de musageta siente
el frío de la gloria conquistada,
y ves pasar en triste mascarada
la vida y el amor, indiferente.

En el manto de egregia fantasía
envuelto, cruzas áspero camino;
enmudeció el rabel de tu alegría.

Y siempre fijo en tu ambicioso anhelo,
con tu lámpara antigua de adivino
¡la tierra alumbras por buscar el cielo!

A ROSENDO VILLALOBOS

Este que veis aquí de grave ceño,
de suave y melancólica mirada,
buscó siempre en la noche constelada
la estrella melodiosa del ensueño.

A la belleza consagró su empeño,
y al platónico numen su morada,
mas un día se entró por la cerrada
puerta, el amor, del alma único dueño.

Puso a Minerva, la de verdes ojos
cerco en la frente, de nevadas rosas;
retiró de los libros los abrojos;

Y díjole al poeta con un guiño:
—Yo soy el de las alas luminosas,
tan viejo como el hombre y siempre niño!

A COLOMBIA

.....que parece llevar en sus entrañas
la inagotable juventud del mundo.

OLEGARIO V. ANDRADE

Presiento tu grandeza del futuro,
como en la noche el labrador presiente
el santo despertar de la simiente
y el grano de oro del trigal maduro.

Fué tu brazo al vencer noble y seguro;
vibra tu verbo como brasa ardiente,
y no vieron los hombres en tu frente
lauro mezquino ni esplendor impuro

Acendraste dolor; y pensativa,
desamando los bélicos blasones,
ciñes corona de preclara oliva;

Y en dulce paz tu corazón profundo
parece señalar a las naciones
¡la inagotable juventud del mundo!

DER EULER

Para Gregorio Reynolds

Tengo un huésped en mi estancia
que en tinieblas siempre habita;
cuando vienen mis amigos
le contemplan a distancia
porque inspírales horror
su solemne compostura,
su mirada, que inaudita
a los cielos constelados,
de la noche en la espesura,
va con propio resplandor.

Es un ave, un ave odiada
de los hombres y del día;
es un huésped melancólico
que llegóse a mi morada
temeroso de la luz,
y con vuelo vacilante
penetró en la galería,
en el muro reclinóse,
con el pecho jadeante,
y las alas abrió en cruz.

—Dél aléjate, hijo mío;
deinfortunio es mensajero,
exclamó María, pávida,
cual si el pájaro sombrío
fuera símbolo del mal,
y en sus ojos alelados
y en su grito lastimero,
reflejóse la tortura
de los seres condenados
a la noche perennal.

Y la rubia Margarita,
la que níveos resplandores
vierte al paso, y en el alma
los ensueños resucita
en enjambre volador,
la doncella coronada
de arrayanes y de flores,
se estremece si contempla
aquel ave desolada,
sin amigo y sin amor.

En las noches, no lo olvido,
cuando, solo, iba al poblado,
al cruzar el negro bosque
asustábame el crujido
de las hojas al dormir,
y mi sangre detenía
su correr precipitado

cuando el ave tenebrosa
el silencio interrumpía
con su ritmo de faquir.....

Una vez, junto al arroyo
que bajaba cintilante
a la luz de las luciolas,
me golpeó por un instante
de su pluma el revolver,
y fué tanta mi pavura
que, cual muerto, en el camino,
un viandante recogióme:
Bien recuerdo al campesino
que con su asno iba al lugar.

¡ Cuál mi madre veló atenta !
¡ Noble sombra, siempre amada,
que no supo que de niño
ví una estrella macilenta
de mi lecho en el listón,
y acercarse un ave torva
de los lindes de la nada
—como el cuervo del poeta—
con su garra aguda y corva
a estrujar mi corazón !....

Por el bosque soledoso
tras él fuíme a la ventura...
¡ Cuán en breve los ensueños

de mi alma y mi reposo
se apagaron en el mal:
En el mal de la Belleza,
de sentir toda hermosura,
que uno extingue en la honda sima,
reclinando la cabeza
sobre enredos del erial!

¡ Cuántas veces, olvidado
de mi pérfido destino,
espaciéme en alegrías !.....
Mas, de pronto, ví a mi lado
el espectro aparecer:
Con las alas temblorosas,
y cual ébrio por el vino
enervante de sus odios,
con deleite ajar las rosas
que cercaban mi placer....

Hierofante del imperio
de las Sombras, es un sabio
sondeador de lo profundo:
Ve el emblema del misterio
y le escucha balbucir.....
Sus nictálopes miradas
do no llega el astrolabio
se sumergen en sosiego
entre lumbres ignoradas,
tras el húmedo zafir.

En la noche me convida
a observar la turbia esfera....
Es un dios que ama el silencio,
temeroso de la vida
y los rayos de Zuhé. (1)
Con arrobo mira el cielo,
cual si, grave, pretendiera
entablar largo coloquio
con un límpido asfodelo
—flor o estrella, no lo sé—.

Sigue el vuelo coruscante
de los astros: cual cintillo
de una diosa son las Hiadas;
como el iris de un diamante
de Tijuco o Visapur,
pasa Sirio entre la corte
de luceros, y con brillo
de pupila, al esfumarse,
la Osa mira siempre al Norte;
reina Antares en el Sur.

En fulgores de lo alto,
del incendio de otros mundos
investiga los secretos:
Ve las fuentes de cobalto,
al hidrógeno encender
las azules floraciones

(1) El sol en la mitología chibcha (Nueva Granada).

en los piélagos profundos ;
de las fraguas colosales
las eternas combustiones,
los fluídos ve tremer.

El comprende cuán pequeños
son los hombres y sus cosas,
y qué vanas sus ideas ;
qué menguados los empeños
de los hijos del pesar,
que forjaron la Esperanza
tras las iras procelosas
de la Tierra. (De los dioses
el furor o la bonanza
es locura interpretar.)

No desdeño su tristeza
ni sus voces de salmista,
ni sus ojos desvelados ;
no me espanta su aspereza
ni su vuelo nocturnal,
cuando en giro soporoso,
con la gracia de un artista,
se detiene de las tumbas
en el jaspe presuntuoso
o en la hiedra funeral.

En las grutas forma nido
junto al cárabo doliente

o en almenas y frontones
del palacio derruído,
mientras lúgubre el almez,
se bifurca entre los muros,
y en la hoja pubescente
urden telas las arañas,
y alaridos y conjuros
turban la hosca lobreguez.

En la ojiva de la torre
su graznido es miserere
que le inspira la tristeza....
Su ojo rígido recorre
la sagrada inmensidad.
Sacerdote de las cosas,
mira en todo lo que muere
a la vida transformarse
bajo especies más hermosas,
en fecunda eternidad.

Cuando vaga en el santuario
silencioso el pensamiento,
y los monjes se retiran,
y no aroma el incensario;
cuando el Mártir queda allí,
deshojado como un lirio
—lirio exánime y sangriento—
y una lámpara de aceite
le ilumina en su martirio
con reflejos de rubí;

cuando cesan los rumores,
llega el ave pensativa
y golpea con sus alas
las vidrieras de colores,
cual llamando al Salvador,
a la imagen del Profeta,
que recibe por la ojiva,
de recóndito planeta
de los cielos invisibles
vacilante resplandor...

Es un ave, un ave odiada
de los hombres y del día;
es un huésped melancólico
que llegóse a mi morada
temeroso de la luz,
y con vuelo vacilante
penetró en la galería,
en el muro reclinóse,
con el pecho jadeante,
y las alas abrió en cruz.

LOS DIOSES PALIDOS

“Admitiendo que alguien dijese seriamente que los poetas mienten demasiado, ese tendría razón: *nosotros* mentimos demasiado.”—*Así hablaba Zarathustra.*

No revuelvo mis ondas por parecer profundo,
sólo en mi flauta ensayo la débil melodía
de una voz que remeda mi pensar errabundo,
una voz escapada de la melancolía.

Yo también he vivido mis pequeñas verdades
y como tú, maestro, las enseñé a las gentes,
sin despreciar las turbas, niños de las edades
veleidosos y tristes... y quizás inocentes.

Donde no alcanzan nunca los buenos y los justos
van los pobres de espíritu. Leales a la tierra
y a su sentido fieles, olvidan los augustos
dioses que van pasando con su pendón de guerra.

Si amor a lo lejano en deidad se convierte,
¿a qué culpar el numen de viejos trovadores
que a Júpiter alzaron sobre el Olimpo fuerte
y a Jesús entre palmas de luz, sobre las flores?

El niño se imagina vencedor de gigantes
y ensaya sus mandobles... Los poetas son vanos,
Zarathustra: En sus sueños sienten voces amantes
de la tierra, palabras de países lejanos.

—Nosotros los poetas—decía el cenobiarca—
inventamos los dioses, vertimos el veneno
de divinas mentiras. El poeta no abarca
sino el mundo inasible de soñaciones lleno.

Es un mar desecado, en el que tantas veces
buzo, indagué las perlas de su desierto fondo
sin ver nada en sus mudas, tendidas lobregueces.
¡Y sé encierran los mares perlas en lo más hondo!

El mar es vanidoso pájaro que despliega
sus alas *tornasoles* al humor de los vientos;
sus azules de Chipre, sus verdes de Noruega,
sus ónices profundos, sus glaucos tremulentos.

Te fastidia el poeta, su amor a lo divino,
sus viajes a los altos países de las nubes,
sus trágicas posturas, su eterno femenino,
sus dioses destronados, sus rebeldes querubes.

No encuentras uno sólo capaz de la demencia
de ser sincero siempre, de quemar en su llama
los élitros impuros de la concupiscencia,
del amor de sí mismos, del amor de su fama.

Has encontrado filtros en vez de corazones
y bardos con espíritu de espumas estelares,
de perfumes acerbos de antiguas floraciones,
muellemente arrobados en danzas malabares.

Pides el sentimiento que emerge de la vida,
lealtad a la tierra por los dioses violada,
y un canto como gota de la flor suspendida,
al soplo cintilante de la noche extasiada.

No sondean pacientes los abismos callados,
temen las soledades de su propia conciencia,
y es que no han descendido de los viejos collados
con orgullo de cóndores y salvaje inocencia.

No anhelan ser leones en medio de leones,
águila entre las águilas... Les place la armonía
del ruiseñor oscuro, de los blancos alciones;
quieren ser mariposas en el azul del día.

Sus arpegios semejan fantasmas turbadores
que van por una fosca, que van por una amarga
campiña... Sus arpegios son como vencedores,
de una victoria estéril que el regocijo embarga.

Sus estrofas no tienen el ardor del sonido
ni se lanzan cual flechas por encima de Apolo;
ignoran los colores y jamás han podido
pintar un fulgor húmedo, acariciante y solo.

Son los conciliadores de las filosofías,
de las suaves palabras, de los símbolos mancos
de nuestras religiones. Los que sus fantasías
cantan en las escuelas desde todos los bancos.

—¿Y por qué a los poetas llamas enlabiadores?—
preguntan los discípulos... En un tiempo decías...

—No sigáis. Zarathustra reconstruye valores
mas no explica sus síntesis... Yo he vivido las mías.

—Creemos tus verdades, seguimos tu bandera.
Tus verdades palpitan... —Sonríe el solitario.
Y:—No es de fe, les dice, la llama de mi hoguera.
Buscáos y negadme si vais a mi santuario.

—Se van los dioses rubios coronados de ortigas,
y con ellos los vates, ilusos adivinos
de almas indiferentes a las nobles fatigas,
a las luchas que enhiestan lábaros purpurinos.

—Son un poco de tedio sus mejores figuras,
agrada el voluptuoso giro de sus pesares;
mas no aman el silencio de las grandes alturas.
Voy a daros un símbolo: ¡ Los poetas son mares !...

Aléjase un discípulo, mientras la tarde viste
su túnica de rojas y azules sinfonías..
Y se enjuga dos lágrimas aquel poeta triste
al sentir los sollozos de sus melancolías...